

# NO HAY HÉROES



LECCIONES DE  
UNA VIDA DEDICADA  
A LA GUERRA

POR EL AUTOR DE

**UN DÍA  
DIFÍCIL**

**MARK OWEN**  
Y KEVIN MAURER

CRÍTICA

## Índice

Portada

Nota del editor

Prólogo

1. Ganarse la camiseta

2. Cómo nadar 50 metros bajo el agua sin morir

3. Un mundo de cuatro palmos

4. La prueba de la capucha

5. Regreso dudoso

6. El montaje

7. Valoración crítica de las actuaciones

8. Disparar, moverse y comunicar

9. Seguir al compañero

10. Cómodos en la incomodidad

11. Atento a los zapatos

12. Matar

Epílogo

Fotografías

Notas

Créditos

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

---

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Próximos lanzamientos  
Clubs de lectura con autores  
Concursos y promociones  
Áreas temáticas  
Presentaciones de libros  
Noticias destacadas

---

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



Explora Descubre Comparte

## Nota del editor

El autor puso este manuscrito a disposición del Departamento de Prepublicaciones y Seguridad del Ministerio de Defensa de los Estados Unidos para su revisión. Parte de los materiales no esenciales del libro fue eliminada o reelaborada durante dicho proceso. En aquellos casos en que no se logró alcanzar un acuerdo entre el autor y el Departamento, los pasajes aparecen tachados. Todos los nombres del libro son falsos, por motivos de seguridad.

Los puntos de vista expresados en esta publicación son del autor del libro y no reflejan necesariamente la política o las posturas del Departamento de Defensa de los Estados Unidos.

## Prólogo

### *Cuarenta nombres*

Me encontraba en mi casa, en Virginia Beach, en estado de alerta, cuando empezaron a llegar los mensajes.

Era agosto de 2011 y la ciudad estaba llena de turistas. Cada día, en el coche, me cruzaba con los veraneantes que se dirigían al océano para pasar el día en la playa. Me mantenía a cierta distancia del paseo marítimo —la zona que discurre paralela a las playas—, donde las tiendas de camisetas y los circuitos de minigolf atraían a los turistas quemados por el sol. Los veraneantes exhibían un ánimo playero, pero yo solo podía pensar en Afganistán y en mi próximo despliegue.

Había terminado por fin la parafernalia con los dignatarios y líderes políticos. Ahora, con perspectivas de volver a salir del país, la impaciencia me devoraba, listo ya para volver al trabajo. Pero antes debería sobrevivir a la alerta.

El estado de alerta era lo peor.

Todo eran «acelerones», uno tras otro. Recibíamos un informe semanal sobre los últimos datos de la inteligencia desde las zonas más conflictivas del mundo, lo cual resultaba aún peor. Todos nosotros queríamos actuar, llevar a cabo misiones reales. Sin embargo, en la unidad de alerta solo podíamos planificar campañas que, probablemente, jamás llegarían a término. En el extranjero era habitual participar en una misión, trazar un plan y, a las pocas horas, eje-

cutarlo. Sin embargo, en alerta, la mayor parte de operaciones en las que tomábamos parte eran acciones de urgencia, improvisadas, que acabarían perdiéndose en la nada.

Nos aceleraríamos y planificaríamos la operación para acabar frenándolo todo cuando Washington se decantase por otra opción o la zona de conflicto se hubiera enfriado. Por añadidura, vivíamos en casa, pero el tiempo que pasábamos en familia, con los nuestros, era muy escaso. Debíamos mantener las distancias con ellos porque nunca sabíamos cuándo partiríamos, sin previo aviso. Yo pensaba en los míos como durante los despliegues. Para mí, formar parte de la unidad de alerta era como haber partido, aunque mis padres pudieran telefonearme.

Sabía que al resto de los compañeros les sucedía lo mismo. Nuestro único deseo era pasar a la acción.

Estaba ya avanzada la tarde y acababa de terminar mi cena. En periodo de alerta, se suponía que no debíamos beber ni celebrar fiestas. Lo último que quería nadie era aparecer borracho para una posible misión. Se presentaba una noche sin alicientes frente al televisor, cuando recibí una serie de mensajes de texto sobre un accidente de helicóptero. Todos decían lo mismo.

«Ha caído un CH-47 en Afganistán. ¿Nuestro?»

Era lo que llamábamos un *rumint*,<sup>[1]</sup> una mezcla de noticia real y rumor que, por lo general, acababa en una tontería. Por desgracia, en esta ocasión resultó ser cierto.

El primer mensaje bastó para activar mis pensamientos. Si era verdad, no importaba que fueran SEAL, Delta o de las Fuerzas Especiales. Eran compañeros de equipo en la misma batalla. Llamé a un buen amigo que estaba en el escuadrón destinado en el extranjero. Él no había partido con

su equipo; se había quedado en casa cuidando de su madre, enferma. Pensé que tal vez podría disponer de más información.

Sin respuesta.

Seguí buscando en la agenda telefónica y llamé a todo aquel que pudiera saber más del suceso. Entonces me llegó la confirmación.

«Era nuestro.»

La noticia me sacudió como una descarga eléctrica. Vi en mi cabeza la imagen de todos mis colegas de aquel escuadrón. La información se fue propagando y el teléfono no dejaba de zumbar. Llegaba siempre el mismo mensaje.

«Era nuestro.»

Me dolía el estómago. No podía continuar sentado. Caminé por la cocina, arriba y abajo, con la cabeza hundida sobre el teléfono, repasando los mensajes, anhelando más información pero asustado ante cada nuevo aviso. Sabía que todos mis colegas se habían presentado voluntarios en muchas ocasiones para estar justo allí, haciendo precisamente eso. Yo mismo podría haberme encontrado perfectamente a bordo de la aeronave. ¡Maldita sea! Si habían pasado tan solo unos meses desde mi propio accidente de helicóptero... Pero aguardar las noticias desde casa estaba resultando más duro; una sensación demasiado familiar para muchas de nuestras esposas y novias.

Pasado un rato no pude continuar solo. Cogí de la nevera un paquete de doce cervezas y fui caminando hasta la casa de un compañero SEAL. Esa noche necesitaríamos unas cuantas botellas.

El sol se ocultaba y las calles estaban desiertas. Al pasar frente a los escasos edificios que había hasta la casa de mi amigo, fui observando el vecindario. Era una urbanización nueva, con pocos árboles. Grandes casas de ladrillos se asentaban sobre cuidados jardines de hierba. Durante el fin de semana, veía a mis vecinos emplearse a fondo, segando sus céspedes y cuidando los arbustos hasta dejarlos perfectos. Las calles cobraban un aire de paz. La mayoría de mis vecinos vivían totalmente ajenos a lo que yo, o cualquiera de los chicos que vienen a mi casa, llevamos a cabo estando de servicio. Al pasar ante las casas, tenía la certeza de que mis vecinos andaban pensando en la planificación de sus vacaciones, en sus cuentas o en qué partido de béisbol verían aquella noche. Me sorprendió la enormidad de la grieta que se abría entre las vivencias de aquellos hogares y las de Afganistán. Era consciente de que mis vecinos se preocupaban por los soldados y los apoyaban, pero ellos no tenían ni idea de cómo era todo aquello, ni sabían con qué frecuencia arriesgaban sus vidas mis compañeros. En casa, por lo general, no había sitio para la guerra en las vidas cotidianas de la gente, salvo entre aquellas familias que esperan el regreso de su marine o de su soldado.

Nunca comprenderían cuánto sacrificio realizaba nuestro Ejército a diario. Yo no podía hacer nada por cambiar eso y, realmente, aquella noche tampoco importaba. El sacrificio ya estaba hecho. Ahora nos correspondía a nosotros asegurarnos de que no cayera en el olvido. La falta de vínculo entre los que nos jugábamos la vida y el resto del país nunca fue tan descarnada como en aquella tranquila noche.

Cuando llegué a casa de mi amigo, me abrió la puerta él mismo y su rostro mostraba una expresión de dolor igual a la mía. Asintió, sin más, y me indicó que pasase. Fui en silencio hasta el frigorífico y dejé las cervezas. Cogí dos bo-



tellines y rápidamente nos retiramos a la terraza posterior, dejando a la familia sola en el salón.

Quitó la chapa de mi cerveza y di un buen trago. No sabía a nada. Yo solo buscaba los efectos. Mi compañero bebía en silencio y revisaba los mensajes del teléfono. Estuvimos un rato sentados. Ninguno de los dos pronunció una palabra. El helicóptero iba repleto de amigos y ahora se habían ido todos. Era como si nos hubieran inmovilizado, porque nuestro único deseo era actuar, pero no podíamos hacer nada.

El sol ya se había puesto y en la terraza reinaba una oscuridad absoluta. Apenas podía distinguir el rostro de mi compañero entre las sombras. Él no se molestó en encender la luz trasera. Creo que ambos agradecemos aquella oscuridad. De algún modo, sirvió para mitigar el sufrimiento.

Los políticos y los medios llevaban meses alabando a los equipos SEAL por la misión de Osama bin Laden. No sé cuántas veces había oído pronunciar la palabra «héroe». «Héroe» no es un término de uso frecuente y, en nuestra comunidad, había llegado a quedar vacío de significado. Ahora todo el mundo era un héroe.

Las bajas no pesaron de verdad hasta que en la pantalla del iPhone empezaron a aparecer nombres.

Fuimos apurando nuestras cervezas, una tras otra, al tiempo que contábamos historias de los chicos del helicóptero. Ambos hicimos un esfuerzo por recordar las mejores anécdotas de cada uno, las más divertidas. Rebuscamos entre los recuerdos cualquier cosa que pudiera hacernos reír. Mi amigo estaba dentro, cogiendo otro par de cervezas, cuando leí otro nombre en la pantalla.

Ray.

Fue como una patada en el estómago. Dejé el móvil en la mesa y empecé a pasear por el entarimado de la terraza. A Ray lo había visto por primera vez en 1999, en la playa de

San Diego. Los dos estábamos a punto de empezar el BUD/S, el curso de preparación de los SEAL. Él había estudiado en una universidad de Luisiana. Hizo todo un curso antes de ceder al deseo de convertirse en SEAL. Yo llegué a la universidad y allí sucumbí a mi comezón de toda la vida. Recuerdo estar junto a Ray, en la arena, mirando las olas y escuchando los gritos de nuestro instructor. Ray tenía un aspecto decidido, de concentración. El ruido y el caos no parecían afectarle lo más mínimo.

Antes de conocerlo bien, Ray transmitía una impresión de calma. A diferencia de mí, él era un atleta nato. En el instituto, había jugado en el equipo de fútbol y tenía un físico delgado, propio de un deportista. Con el tiempo, vería que Ray sobresalía de forma natural en la mayoría de las pruebas físicas a las que los instructores pudieran someterlo. Su robustez era el fruto de su constancia. En cualquiera de nuestras tareas —nadar, las carreras en la playa o las de obstáculos—, él siempre terminaba el primero del pelotón, o entre los primeros, independientemente de las condiciones.

Ambos finalizamos el BUD/S en diciembre de 1999. A Ray lo destinaron al Equipo Tres. Yo acabé en el Cinco. Como los dos vivíamos en San Diego, nos veíamos siempre que había ocasión. Sin embargo, con nuestras apretadas agendas, lo más frecuente era que estuviéramos en extremos opuestos del mundo.

Ray tenía siete vidas, como los gatos.

Alguna de sus actuaciones más apuradas se habían convertido ya en leyenda. Pocos meses antes del proceso de selección e instrucción (S&T en sus siglas inglesas), le habían disparado en el cuello. Participaba en un despliegue de seis meses en Guam, con el Equipo Tres de los SEAL. Había salido con unos muchachos al bar, a festejar la Navidad. Tras un pequeño altercado con unos oriundos de la

zona, Ray y sus colegas SEAL decidieron dejarlo correr. Subieron a un taxi y estaban ya de camino a la base cuando uno de los tipos del bar se asomó por la ventanilla de un coche vecino y abrió fuego.

Las balas traspasaron las ventanillas del taxi. Una de ellas alcanzó a Ray en el cuello y lo atravesó limpiamente. A Larry, otro SEAL que viajaba en el taxi, le dieron en la oreja. La bala salió por la nariz. El taxista los trasladó a toda prisa al centro hospitalario. Ray contuvo la sangre con su propia camisa y entró en urgencias para ser atendido.

Transcurridos dos meses, se presentó al S&T. Estaba en mi clase e hicimos el curso juntos, pero igual que al finalizar el BUD/S, acabaron asignándonos a diferentes escuadrones.

Ahora Ray estaba muerto. Yo aún no podía creerlo.

Mi compañero volvió con otra ronda de cervezas y me arrancó de mis ensoñaciones. Volvimos a sentarnos unos minutos más, en silencio. Los dos habíamos sacado los móviles y revisábamos los mensajes. Pero yo seguía pensando en Ray.

—Oye —dije—, ¿has visto esas filmaciones de Ray en Afganistán?

Mi compañero esbozó una sonrisa cómplice.

—De haber sido yo, ya estaría muerto —respondió.

Casi todas las mañanas, al empezar la jornada laboral y repasar el correo electrónico, nos encontrábamos con un AAR en la bandeja de entrada. Un AAR (*After Action Review*), o valoración crítica de las actuaciones, es un informe elaborado por cada uno de los integrantes de una misión, que en ocasiones incluye un seguimiento en vídeo realizado con drones, desde arriba. Todo el mundo, desde los pilotos del helicóptero, pasando por los analistas del servicio de inteligencia hasta los SEAL, estudiaba lo que había salido bien y mal durante la misión nocturna. Estos informes se

distribuían al colectivo entero, de modo que todos —tanto los que participábamos en la misión como los que no— pudiésemos sacar las mismas lecciones que el equipo había aprendido sobre el terreno. Por otra parte, también daban pie a muchas charlas después de las misiones especialmente interesantes.

La misión de Ray era digna de verse. Su escuadrón había prestado servicio en Afganistán. La tropa iba en misión de asalto hacia un grupo de edificios tras un muro de adobe y, para poder cubrir a los asaltantes, Ray, uno de los francotiradores más adelantados, se había encaramado a lo alto de una construcción cercana, desde donde dominaba la vista del complejo en que se ocultaba el comandante talibán.

En el visionado de las filmaciones pude vislumbrar a los asaltantes en su silencioso avance hacia el complejo marcado como objetivo. Yo había hecho lo mismo centenares de veces, así que sabía exactamente cómo se sentían aquellos muchachos. Solo verlos ya me ponía nervioso. Sabía que todos sus sentidos estaban alerta, atentos al ruido de una puerta al abrirse o al crujido de las piedras bajo un par de Cheetah, las deportivas de caña alta, tipo Puma, que solían llevar los talibanes. Me sorprendí a mí mismo escrutando las paredes del complejo en busca de movimiento.

En los preparativos para cubrir a los asaltantes, Ray vigilaba cada paso. Estoy seguro de que se detenía ante cada crujido del fino tejado de adobe, consciente de que un movimiento en falso podría delatar su posición a quienes pudiera haber durmiendo en la casa.

Cuando la fuerza de asalto estaba ya cerca del objetivo, desde el interior del edificio se abrió inesperadamente una puerta justo debajo de la posición de Ray y asomó la inconfundible silueta de un lanzacohetes, el delgado tubo con una cabeza cónica en el extremo delantero. Se produjo una

breve pausa, unos segundos tal vez. Supuse que alguien del interior había oído a Ray en el tejado o a los asaltantes que patrullaban por el recinto. Probablemente, el combatiente talibán estaba tratando de distinguir a los SEAL que se acercaban en la oscuridad. Transcurridos aquellos segundos, el cohete salió disparado y pasó frente a los asaltantes; detonó a cierta distancia de ellos.

La onda expansiva del retroceso generada por el lanzacohetes tuvo la potencia suficiente para hundir el tejado de adobe; este se partió por la mitad, como una gigantesca boca que engulló a Ray, dejándolo caer en el centro de la casa.

Ray aterrizó sobre un montón de barro y de vigas de madera rotas. Inmediatamente vio a cinco combatientes talibanes al otro lado de una nube de polvo, empuñando rifles de asalto AK-47 y equipados con chalecos portacargadores con munición de repuesto. Había unos pocos tendidos en el suelo, inconscientes por el retroceso del lanzacohetes.

Ray solo tuvo unos segundos para decidir entre permanecer en la habitación y disparar a los cinco insurgentes o salir de la casa antes de que sus propios compañeros SEAL, que quizá no habían visto la caída, abrieran fuego contra el edificio.

Ray decidió salir.

Vio una ventana y se lanzó a través de ella. En la filmación lo vi salir despedido por la ventana y caer desplomado en el suelo, al pie del muro. Ray chilló identificándose ante sus compañeros como uno de los buenos. Esperaba que sus colegas de asalto se dieran cuenta de que no era uno de los talibanes. En el vídeo, Ray aparecía rodando, mientras se alejaba de la ventana, y luego extraía una granada sin perder la calma. Posicionado en cuclillas bajo el hueco del alféizar de la ventana, lanzó la granada al interior de la

casa. A juzgar por el material del dron, en mi opinión estaba tranquilo. Todos sus movimientos eran seguros y fluidos. De algún modo, conseguía que una cosa peligrosa pareciera fácil.

Una vez más, Ray se apartó rodando de la ventana abierta y se agachó en busca de cobijo. La granada explotó y proyectó hacia el exterior una nube de escombros que salió por el hueco del tejado. Dentro de la casa, la metralla acabó con los insurgentes.

Ray, como tantos de nosotros, llevaba más de una década de servicio en condiciones extremas. Sus acciones fortalecían la idea de que vivimos para el equipo en su conjunto y soy consciente de que ver la actuación de Ray, explotando sus capacidades al máximo, nos hizo más competentes y en el futuro salvó vidas.

Sentado en la terraza de mi compañero, deseé haber tomado una cerveza más con Ray. El resto de la noche lo pasamos hablando de los colegas recién caídos e intentamos olvidar lo demás. Lo importante no era cómo habían muerto, sino que ya no se encontraban entre nosotros.

Pocos días más tarde empezaron a llegar los detalles del accidente. Era importante que sacásemos alguna enseñanza, como habíamos hecho con la misión de Ray. Aquella noche, los fallecidos eran los integrantes de una fuerza de reacción rápida (FRA), una unidad en alerta que suele esperar cerca de alguna misión, preparada para actuar como refuerzo en cuestión de minutos, si las cosas se tuercen.

Los Rangers del Ejército habían salido en busca de un objetivo en el pueblo de Jaw-e-Mekh Zareen, en el valle de Tangi, de la provincia de Wardak. Fue un blanco ofrecido originalmente a los SEAL, pero estos lo descartaron porque la luna iluminaba demasiado el terreno y consideraron más seguro esperar a que hubiera más oscuridad. Sin embargo,

los Rangers sí decidieron asumir el ataque al objetivo rechazado por los SEAL.

Iban tras un famoso líder talibán. El tiroteo estalló casi al mismo tiempo que el aterrizaje de los Rangers. Acudieron combatientes talibanes de las partes alta y baja del valle para defender el complejo. La encarnizada lucha se prolongó al menos durante dos horas, hasta que un pequeño grupo de milicianos inició la huida. Los Rangers solicitaron el apoyo de la fuerza de reacción rápida. Temían que en el grupo fugado estuviera el comandante con su escolta y no deseaban perderlo.

Cuando el helicóptero —cuyo indicativo era *Extortion Seventeen*— acudió en su ayuda, fue alcanzado en el ensamblado del rotor de popa por un lanzacohetes de uno de los insurgentes talibanes. Ray y los chicos no tuvieron ninguna oportunidad de salvarse.

Dos días después, los comandantes en Afganistán afirmaron que el combatiente responsable del lanzamiento del cohete autopropulsado había caído en el ataque con bombas de un F-16.

Eso no lo hacía más fácil.

Más tarde empezaron a circular rumores acerca de un elaborado ardid. Se decía que los talibanes habían atraído a los SEAL hacia el objetivo y que derribaron el helicóptero en represalia por el asalto a Osama bin Laden. Pero, fuera cual fuese la verdad, la realidad es que la caída del *Extortion Seventeen* fue una tragedia. Cuando la fuerza de reacción rápida recibe aviso de entrar en acción, casi siempre es porque hay problemas. Ser de la FRA es peligroso. No se cuenta con el elemento sorpresa, sobre todo si la llegada es a bordo de un Chinook CH-47 que, básicamente, es una especie de autocar volador. A veces, cuando nos llega el momento, no hay en el mundo pericia o suerte suficientes.